

OBLIGADO, RAFAEL (1851-1920)

*SANTOS VEGA*

Se compone de cuatro cantos, el payador es el hombre del campo que, acompañado de su guitarra improvisa su canción. Se compone de cuatro cantos escritos en décimas en los que nos narra cómo el payador es vencido por el progreso, representado por Juan Sin Ropa.

1

EL ALMA DEL PAYADOR

Cuando la tarde se inclina  
sollozando al occidente,  
corre una sombra doliente  
sobre la pampa argentina.  
Y cuando el sol ilumina  
con luz brillante y serena  
del ancho campo la escena,  
la melancólica sombra  
huye besando su alfombra  
con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo  
que, en tibia noche de luna,  
en solitaria laguna  
para la sombra su vuelo;  
que allí se ensancha, y un velo  
va sobre el agua formando,  
mientras se goza escuchando  
por singular beneficio,  
el incesante bullicio  
que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,  
si su guitarra algún mozo  
en el crucero del pozo  
deja de intento colgada.  
llega la sombra callada  
y, al envolverla en su manto,  
suena el preludio de un canto

entre las cuerdas dormidas,  
cuerdas que vibran heridas  
como por gotas de llanto.

Cuentan que en noche de aquellas  
en que la Pampa se abisma  
en la extensión de sí misma  
sin su corona de estrellas,  
sobre las lomas mas bellas,  
donde hay mas trébol risueño,  
luce una antorcha sin dueño  
entre una niebla indecisa,  
para que temple la brisa  
las blandas alas del sueño.

Mas si trocado el desmayo  
en tempestad de su seno,  
estalla el cóncavo trueno  
que es la palabra del rayo,  
hiere al ombú de soslayo  
rojiza sierpe de llamas,  
que, calcinando sus ramas,  
serpea, corre y asciende,  
y en la alta copa desprende  
brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,  
Las brillazones remedan  
vastos oleajes que ruedan  
sobre fantástico río,  
mudo, abismado y sombrío,  
baja un jinete la falda  
tinta de bella esmeralda,  
llega a las márgenes sola...  
¡y hunde su potro en las olas,  
con la guitarra a la espalda.

Si entonces cruza a lo lejos,  
galopando sobre el llana  
solitario, algún paisano,  
viendo al otro en los reflejos  
de aquel abismo de espejos,  
siente indecibles quebrantos,  
y, alzando en vez de sus cantos  
una oración de ternura,  
al persignarse murmura:

¡El alma del viejo Santos!.

Yo, que en la tierra he nacido  
donde ese genio ha cantado,  
y el pampero he respirado  
que al payador ha nutrido,  
beso este suelo querido  
que a mis caricias se entrega,  
mientras de orgullo me anega  
la convicción de que es mía  
¡la patria de Echeverría,  
la tierra de Santos Vega!.

2

## LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta: inflamado  
el horizonte fulgura,  
y se extiende en la llanura  
ligero estambre dorado.  
Sopla el viento sosegado,  
y del inmenso circuito  
no llega al alma otro grito  
ni al corazón otro arrullo,  
que un monótono murmullo,  
que es la voz del infinito.

Santos Vega cruza el llano,  
alta el ala del sombrero,  
levantada del pampero  
al impulso soberano.  
Viste poncho americano,  
suelto en ondas de su cuello  
y chispeando en su cabello  
y en el bronce de su frente,  
lo cincela el poniente  
con el último destello.

Donde va? Vese distante  
de un ombú la copa erguida,  
como espiando la partida  
de la luz agonizante.  
Bajo la sombra gigante  
de aquel arbol bienechor,

su techo, que es un primor  
de reluciente totora,  
alza el rancho donde mora  
la prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,  
meditabunda le espera,  
y en su negra cabellera  
hunde la mano rosada.  
Le ve venir: su mirada,  
mas que la tarde, serena,  
se cierra entonces sin pena,  
porque es todo su embeleso  
que él la despierte de un beso  
dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado  
toca la frente querida,  
y vuela un soplo de vida  
por el ramaje callado...  
Un ¡ay! apenas lanzado,  
como susurro de palma  
gira en la atmósfera en calma;  
y ella fingiéndose enojos  
alza a su dueño unos ojos  
que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento  
quedó la Pampa en reposo,  
cuando un rasgueo armonioso  
pobló de notas el viento.  
Luego, en el dulce instrumento  
vibró una endecha de amor,  
y, en el hombro del cantor,  
llena de amante tristeza,  
ella dobló la cabeza  
para escucharlo mejor.

"Yo soy la nube lejana  
(Vega en su canto decía)  
que con la noche sombría  
huye al venir la mañana;  
soy la luz que en tu ventana  
filtra en manojos la luna;  
la que de niña, en la cuna,  
abrió tus ojos risueños;

la que dibuja tus sueños  
en la desierta laguna

"Yo soy la música vaga  
que en los confines se escucha,  
esa armonía que lucha  
con el silencio, y se apaga;  
el aire tibio que halaga  
con su incesante volar,  
que del ombú, vacilar  
hace la copa bizzara,  
¡Y la doliente guitarra  
que suele hacerte llorar!"

Leve rumor de un gemido,  
de una caricia llorosa,  
hendió la sombra medrosa,  
crujió en el árbol dormido.  
Después, el ronco estallido  
de rotas cuerdas se oyó;  
un remolino pasó  
batiendo el rancho cercano;  
y en el circuito del llano  
todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,  
se levantó la alborada,  
con esa blanca mirada  
que hace chispear el rocío.  
Y cuando el sol en el río  
vertió su lumbre primera,  
se vio una sombra lijera  
en occidente ocultarse,  
y el alto ombú balancearse  
sobre una antigua tapera.

3

### EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,  
ya por los campos rutila  
del sol la grande, tranquila  
y victoriosa mirada.  
Sobre la curva lomada

que asalta el cardo bravío,  
y alla en el bajo sombrío  
donde el arroyo serpea,  
de cada hierba gotea  
la viva luz del rocío.

De los opuestos confines  
de la Pampa, uno tras otro,  
sobre el indómito potro  
que vuelca y bate las crines,  
abandonando fortines,  
estancias, ranchos, mujer,  
vienen mil gauchos a ver  
si en otro pago distante,  
hay quien se ponga delante  
cuando se grita: ¡A vencer!.

Sobre el inmenso escenario  
vanse formando en dos alas,  
y el sol reluce en las galas  
de cada bando contrario;  
puéblase el aire del vario  
rumor que en torno desata  
la brillante cabalgata  
que hace sonar, de luz llenas,  
las espuelas nazarenas  
y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano  
divide el campo después,  
señalando de través  
larga huella por el llano;  
y alzando luego en su mano  
una pelota de cuero  
con dos manijas, certero  
la arroja al aire gritando:  
"¡Vuela el pato!-¡Va buscando  
un valiente verdadero!".

Y cada bando a correr  
suelta el potro vigoroso,  
y aquel sale victorioso  
que logra asirlo al caer.  
Puesto el que supo vencer  
en medio, la turba calla,  
y a ambos lados de la valla

de nuevo parten el llano,  
esperando del anciano  
la alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor  
ronco truena en el circuito,  
y el caballo salta al grito  
de su impávido señor;  
y vencido y vencedor,  
del noble triunfo sedientos,  
se atropellan turbulentos  
en largas filas cerradas,  
cual dos olas encrespadas  
que azotan contrarios vientos.

Alsa en alto la presea  
su feliz conquistador,  
y su bando en derredor  
le defiende y clamorea.  
Uno y otro agujonea  
el ágil bruto, y chocando  
entre sí, corren dejando  
por los inciertos caminos  
polvorosos remolinos  
sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego  
por el campo arrebatado,  
de los unos conquistado  
de los otros presa luego;  
vense, entre hálitos de fuego,  
varios jinetes rodar,  
otros súbito avanzar  
pisoteando los caídos;  
y en el aire sacudidos,  
rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas  
de las lagunas vecinas,  
como vivientes neblinas,  
estrepitosas bandadas;  
las grandes plumas cansadas  
tiende el chajá corpulento;  
y con veloz movimiento  
y con silbidos de balas,  
bate el carancho las alas

hiriendo a hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita  
robusto joven la prenda,  
y tendido, a toda rienda:  
"¡Yo solo me basto!" grita.  
En pos de él se precipita,  
y tierra y cielos asorda  
tras el audaz desafío,  
con la pujanza de un río  
que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,  
y él los azusa y provoca,  
golpeándose la boca,  
con salvajes alaridos.  
Danle caza, y confundidos,  
todos el cuerpo inclinado  
sobre el arzón del recado,  
temen que el triunfo les roben,  
cuando, volviéndose, el joven  
echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente  
abatía, y silencioso,  
su abanico luminosos  
desplegaba en occidente,  
cuando un grito de repente  
llenó el campo, y al clamor  
cesó la lucha, en honor  
de un solo nombre bendito,  
que aquel grito era este grito:  
¡Santos Vega, el payador!

Mudos ante él se volvieron,  
y, ya la rienda sujeta,  
en derredor del poeta  
un vasto círculo hicieron.  
Todos el alma pusieron  
en los atentos oídos,  
porque los labios queridos  
de Santos Vega cantaban  
y en su guitarra zumbaban  
estos vibrantes sonidos:

"¡los que tengan corazón,

los que el alma libre tengan,  
los valientes, éstos vengan  
a escuchar esta canción!  
Nuestro dueño es la nación  
que en el mar vence la ola  
que en los montones reina sola,  
que en los campos nos domina,  
y que en la tierra argentina  
clavo la enseña española.

"Hoy mi guitarra, en los llanos,  
cuerda por cuerda, así vibre:  
¡hasta el chimango es mas libre  
en nuestra tierra, paisanos!  
Mujeres, niños, ancianos,  
el rancho aquel que primero  
llenó con sólo un ¡te quiero!  
la dulce prenda querida,  
¡todo! ¡el amor y la vida,  
es de un monarca extranjero!

"Ya Buenos Aires, que encierra  
como las nubes, el rayo,  
el Veinticinco de Mayo  
clamo de súbito: "¡Guerra!"  
¡Hijos del llano y la sierra,  
pueblo argentino! Que haremos?  
Menos valientes seremos  
que los que libres se aclaman?  
¡De Buenos Aires nos llaman,  
a Buenos Aires volemos!

"¡Ah! ¡Si es mi voz impotente  
para arrojar, con vosotros,  
nuestra lanza y nuestros potros  
por el vasto continente;  
si jamás independiente  
veo el suelo en que he cantado,  
no me entierren en sagrado  
donde una cruz me recuerde  
entiérrenme en campo verde,  
donde me pise el ganado!"

Cuando cesó esta armonía,  
que los conmueve y asombra  
era ya Vega una sombra

que alla en la noche se hundía...  
¡Patria! a sus almas decía  
el cielo, de astros cubiertos,  
¡Patria! el sonoro concierto  
de las lagunas de plata,  
¡Patria! la trémula mata  
del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,  
y el himno audaz repitieron,  
cuando a Belgrano siguieron,  
cuando con Güemes lucharon,  
cuando por fin se lanzaron  
tras el Ande colosal,  
hasta aquel día inmortal  
en que un grande americano  
batió el sol ecuatoriano  
nuestra enseña nacional.

4

#### LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,  
de las tórtolas amado,  
porque su nido han labrado  
allí al amparo del viento;  
en el amplísimo asiento  
que la raíz desparrama.  
Donde en las siestas la llama  
de nuestro sol no se allega,  
dormido esta Santos Vega,  
aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos  
ha colgado, silenciosa,  
la guitarra melodiosa  
de los cantos argentinos.  
Al pasar, los campesinos  
ante Vega, se detienen;  
en silencio se convienen  
a guardarle allí dormido;  
y hacen señas no hagan ruido  
los que están a los que vienen.

El mas viejo se adelanta  
del grupo inmóvil y llega  
a palpar a Santos Vega.  
moviendo apenas la planta,  
Una morocha que encanta  
por su aire suelto y travieso,  
causa eléctrico embeleso  
porque, gentil y bizarra,  
se aproxima a la guitarra  
y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado  
silencio que a Vega cerca,  
un jinete que se acerca  
a la carrera lanzado;  
retumba el desierto hollado  
por el casco volador;  
y aunque el grupo, en su estupor,  
contenerlo pretendía,  
llega, salta, lo desvía  
y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío  
de aquel hombre mudos vieron,  
horrorizados sintieron  
temblar las carnes de frío.  
Miro en torno con bravío  
y desenvuelto ademán,  
y dijo: "Entre los que están  
no tengo ningún amigo.  
pero, al fin para testigo  
lo mismo es Pedro que Juan".

Alzó Vega la frente,  
y le contempló un instante,  
enseñando en el semblante  
cierto hastío indiferente.  
"Por fin, dijo fríamente  
el recién llegad, estamos  
juntos los dos, y encontramos  
la ocasión, que éstos provocan,  
de saber como se chocan  
las canciones que cantamos".

Asi diciendo, enseñó  
una guitarra en sus manos,

y en los raigones cercanos  
preludiando se sentó.  
Vega entonces sonrió,  
y al volverse al instrumento,  
la morocha hasta su asiento  
ya su guitarra traía,  
con un gesto que decía:

"La he besado hace un momento".  
Juan Sin Ropa (se llamaba  
Juan Sin Ropa el forastero)  
comenzó por un ligero  
dulce acorde que encantaba.  
Y con voz que modulaba  
blandamente los sonidos,  
canto tristes nunca oídos,  
canto cielos no escuchados,  
que llevaban, derramados,  
la embriaguez a los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso  
al cantor; y toda inquieta,  
sintió su alma de poeta  
como un aleteo inmenso.  
Luego, en un preludio intenso,  
hirió las cuerdas sonoras,  
y cantó de las auroras  
y las tardes pampeanas,  
endechas americanas  
mas dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,  
ya una triste noche oscura  
desplegaba en la llanura  
las tinieblas de su manto.  
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,  
bajo el árbol se empinó,  
un verde gajo tocó,  
y tembló la muchedumbre,  
porque echando roja lumbre,  
aquel gajo se inflamó.

Chiapearon sus miradas,  
y torciendo el talle esbelto,  
fue a sentarse, medio envuelto  
por las rojas llamaradas.

¡Oh, qué voces levantadas  
las que entonces se escucharon!  
¡Cuantos ecos despertaron  
en la Pampa misteriosa.  
a esa música grandiosa  
que los vientos se llevaron

Era aquélla esa canción  
que en el alma solo vibra,  
modulada en cada fibra  
secreta del corazón;  
el orgullo, la ambición,  
los más íntimos anhelos,  
los desmayos y los vuelos  
del espíritu genial,  
que va, en pos del ideal,  
como el cóndor a los cielos.

Era el grito poderoso  
del progreso, dado al viento;  
el solemne llamamiento  
al combate mas glorioso.  
Era, en medio del reposo  
de la Pampa ayer dormida,  
la visión ennoblecida  
del trabajo. antes no honrado;  
la promesa del arado  
que abre causas a la vida.

Como en mágico espejismo,  
al compás de ese concierto,  
mil ciudades el desierto  
levantaba de sí mismo.  
Y a la par que en el abismo  
una edad se desmorona,  
al conjuro, en la ancha zona  
derramábase la Europa.  
Que sin duda Juan Sin Ropa  
era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido  
aquel himno prodigioso,  
e inclinando el rostro hermoso,  
dijo: "Sé que me has vencido"  
El semblante humedecido  
por nobles gotas de llanto,

volvió a la joven, su encanto,  
y en los ojos de su amada  
clavó una larga mirada,  
y entonó su postrer canto:

"Adiós luz del alma mía,  
adiós, flor de mis llanuras,  
manantial de las dulzuras  
que mi espíritu bebía;  
adiós, mi única alegría,  
dulce afán de mi existir;  
Santos Vega se va a hundir  
en lo inmenso de esos llanos...  
¡Lo han vencido! ¡Llegó hermanos,  
el momento de morir!"

Aún sus lágrimas cayeron  
en la guitarra, copiosas,  
y las cuerdas temblorosas  
a cada gota gimieron;  
pero súbito cundieron  
del gajo ardiente las llamas,  
y trocado entre las ramas  
en serpiente, Juan Sin Ropa,  
arrojó de la alta copa  
brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo  
de Santos Vega quedaron,  
y los anos dispersaron  
los testigos de aquel duelo;  
pero un viejo y noble abuelo,  
así el cuento terminó:  
"Y si cantando murió  
aquel que vivió cantando,  
fue, decía suspirando,  
porque el diablo lo venció."